

LOLES LÓPEZ

**¡ AQUÍ HAY  
TEMA !**

# *¡Aquí hay tema!*

*Loles López*

Esencia/Planeta

© Loles López, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Djdarkflower y Ibbleart / Shutterstock

Primera edición: febrero de 2021  
ISBN: 978-84-08-23715-0  
Depósito legal: B. 290-2021  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni sobre sus contenidos, ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Nueve días después*

Suspiró con nerviosismo mientras observaba el interior del ascensor, que se encontraba lleno hasta la bandera, hasta el punto de estar hombro con hombro con un tipo que la estaba mirando demasiado y no entendía por qué... ¿Acaso tenía algo en la cara? Cerró los ojos intentando tranquilizarse o por lo menos para dejar de ver el escrutinio que le estaba realizando aquel extraño y pensar que, ¡al fin!, había conseguido encontrar un trabajo, aunque éste la obligara a ir más arreglada de lo que estaba acostumbrada. Aun así, le daba igual, ya podría dejar de martirizar al pobre Asher con los días que llevaba sin trabajar y con lo injusta que era la vida, pues se había quedado sin empleo y sin posible novio en el mismo día. Miró la pantallita en la que se podía ver cómo se deslizaban los números a medida que el ascensor subía. Ella iba al último piso, a la planta 52 de ese rascacielos ubicado en pleno corazón del Downtown y que tenía el nombre de Two California Plaza; allí había estado el viernes pasado por la tarde realizando una entrevista con Recursos Humanos y fue donde le dijeron que estaba contratada. ¡Poco le faltó para saltar de alegría y darle un abrazo al encargado! Aunque pudo contenerse, lo justo hasta llegar al ascensor, en donde hizo un baile de la alegría digno de ser immortalizado.

Sólo esperaba permanecer en ese puesto mucho tiempo, estaba cansada de cambiar cada dos por tres de empresa, volver a empezar, hacerse con la manera de trabajar, conocer a sus compañeros e intentar llevarse bien con su jefe... Era agotador, y Silvia ya no tenía veinte años.

Suspiró al recordar el fin de semana que había pasado, el cual había sido un calco del anterior, pues había estado metida en casa, viendo series de Netflix mientras Asher intentaba animarla sin mucho éxito, y ¡anda que no lo intentó!, pero lo único que le apetecía era estar hecha un ovillo en el sofá, comer todo el chocolate que su organismo tolerase, soltar todas las lágrimas que tuviera que llorar y despotricar del que creyó, ilusamente, que sería el hombre de sus sueños, ese que la llevaría al altar, ese que se convertiría en su marido, en su amante y en su mejor amigo. Era cierto que Silvia era dada a fantasear demasiado cuando comenzaba a conocer a un tipo y que, además, ese deseo podía sonar más empalagoso que un tofe, pero ella pensaba que todas las mujeres, en algún momento de su vida, deseaban precisamente aquello, el cuento de hadas que han visto desde bien pequeñas en la televisión, ese que la haría suspirar de emoción y sentir lágrimas en los ojos. Ese que ella ansiaba vivir por lo menos una vez en la vida. Tampoco pedía tanto, ¿no? Aunque, en aquellos momentos, el cuento se había marchitado antes de empezar, haciendo que se sintiera boba por confiar de nuevo en un hombre y, además, anhelando tener el coraje suficiente para abandonar de una vez por todas aquella absurda búsqueda, hacer algo práctico y menos arriesgado, como llenar su casa de gatos, comprarse un Satisfyer y ¡hasta nunca, amor! Sonaba tan bien que aquel cuento de hadas cada vez le resultaba menos atractivo... La campanita del ascensor la avisó de que había alcanzado la última planta, la sacó de sus pensamientos y Silvia

salió intentando que ese nuevo día fuera el principio de algo increíble, de algo tan maravilloso que después se reiría de todos los traspiés que había tenido que dar hasta llegar a ese momento. ¡¡Ojalá!!

Observó la impresionante oficina que albergaba la sede central de Nippy, una reconocida y afamada empresa de ropa deportiva y zapatillas que contaba con multitud de oficinas repartidas por todo el mundo, de la cual Silvia sería la nueva secretaria del gerente. Caminó por el lustroso suelo de madera oscura que recorría toda la diáfana planta y se acercó a la recepcionista, que se encontraba justo a la derecha, donde, encastrado en la pared, se podía ver el famoso logo en color amarillo.

—Buenos días —dijo acercándose a la mujer con un rostro tan angelical como su manera de moverse. Parecía un hada, tan etérea, tan bonita y con el cabello corto de un rubio platino que le dulcificaba todavía más sus facciones redondeadas, de las que lo que más destacaba, aparte de su mirada azulona, eran unos bonitos labios rosados—, soy Silvia Hart —indicó haciendo que ésta asintiera y saliera de la recepción, dándole la pista de que la estaban esperando.

—Buenos días, Silvia, yo soy Tess —susurró con suavidad, mostrándole una sonrisa que ella imitó—. Acompáñame, te voy a enseñar dónde vas a trabajar a partir de ahora, sólo espero que dures bastante más que las anteriores... —añadió con un suspiro mientras comenzaba a caminar, lo que hizo que ella frunciera el ceño.

—¿Cómo? —preguntó mientras recorría a su lado el pasillo con forma de ele donde se encontraban los diferentes departamentos delimitados por cristales, a excepción de la sala de juntas, el estudio fotográfico y el despacho del gerente, que se hallaban casi al final del mismo y sí tenían paredes convencionales.

—¿No te lo han dicho en Recursos Humanos? —musitó Tess, y su rostro mostró asombro y un atisbo de vergüenza por ser ella la encargada de tener que dar semejante noticia—. Desde que el señor Evans está dirigiendo la sede, han pasado por tu puesto doce secretarías, y si a eso le sumamos el hecho de que lleva tan sólo un mes aquí... Ya te puedes imaginar de lo que te estoy hablando, ¿no? —dijo, provocando que Silvia asintiera mientras tragaba saliva con dificultad.

—¿Qué me estás contando?! ¡Si ya estoy temblando! Con lo que necesito este trabajo... Y, dime, ¿a qué es debido?

—Digamos que nuestro jefe es... durillo —indicó mientras abría una puerta de cristal y le mostraba su pequeño pero confortable despacho, que se encontraba pegado al del gerente y al estudio fotográfico, creando una pecera frontal—. En la mesa tienes un dossier con la información básica del programa de ordenador, así como los números de las extensiones para llamar por teléfono. Aun así, cualquier cosa que necesites, marca la almohadilla y el cero y me preguntas. Mucha suerte, Silvia, y... paciencia.

—Gracias, espero tenerla —susurró observando cómo ésta se marchaba para después dejarse caer en la silla y guardar el bolso en un pequeño armarito de que disponía la mesa en la parte de abajo.

Encendió el ordenador y esperó a que arrancase; mientras tanto, hojeó el dossier y comenzó a memorizar todo lo que había anotado. Parecía que Tess no exageraba al decir que habían pasado muchas secretarías por esa mesa, pues ésta se encontraba desordenada y, además, tenía como testimonio aquel manual de bienvenida... Mientras esperaba a que el ordenador se iniciara —parecía que necesitaba un vistazo de algún informático porque iba demasiado lento—, observó aquella planta

diáfana delimitada por cristales, donde los colores neutros y la sencillez de la decoración creaban un espacio luminoso y tranquilo, hasta que sus ojos se toparon con él, con ese hombre que acababa de salir de su despacho y se acercaba a la recepción. Se quedó blanca e incluso comenzó a temblar, porque no podía ser cierto lo que estaba viendo. Aguzó la vista y reprimió un suspiro al ver a Scott, ¡su ex Scott!, vestido con unos vaqueros, una americana y una camiseta lisa blanca debajo. Sabía que, en otras circunstancias, habría ido a saludarlo con entusiasmo, le habría hablado mirándolo a sus grandes ojos grises y se habrían reído al ver que Silvia, sin saberlo ni pretenderlo, había ido a parar donde él trabajaba. Reprimió un lamento al darse cuenta de que esa noticia que hacía poco más de una semana le habría supuesto la felicidad más absoluta, en esos momentos, la hundía porque recordaba exactamente lo que sintió al verlo besar a aquella rubia... Aunque, a lo mejor, Scott simplemente pasaba por la oficina, no tenía que dar por sentado que serían compañeros de trabajo, ¿no? Sin embargo, temía no tener tanta suerte. Hizo una mueca de resignación al sentir aquel anhelo irracional por tocarlo, por acercarse a él, que le recorría las yemas de los dedos y que hacía que le resultara imposible apartar la vista de su corto cabello castaño y anhelar acariciárselo; incluso se quedó mirando más de la cuenta cómo se movía, intuyéndose bajo la ropa su fibroso cuerpo. «No sigas por ahí, Sil... ¡Concéntrate en el trabajo! Scott no se merece que lo mires siquiera, y si al final sois compañeros de trabajo, ¡pues te jorobas! Es un buen empleo y pagan mejor que en el gimnasio...», pensó intentando controlar su cuerpo, que anhelaba estar cerca de él, como si no recordara el calvario que había pasado la última semana, como si hubiera olvidado aquel beso que presenció y que se convirtió en el punto final de su recien-



te relación. ¡Ni siquiera habían llegado a celebrar el mes juntos!

—La nueva..., ¿cómo te llamas?

Una voz grave y varonil que no esperaba oír hizo que se sobresaltara dando un pequeño brinco, para después dirigir la mirada a cámara lenta y enfrentarse a unos ojos oscuros, fríos y calculadores que la hicieron envararse mientras aguantaba la respiración.

—Te conozco... Eres la amiga de Asher, ¿verdad? —susurró Drew escondiendo una divertida sonrisa mientras fruncía ligeramente el ceño como si no esperase verla allí, algo que también le ocurrió a ella—. ¿Qué haces aquí? —le volvió a preguntar mientras entraba en el despacho y cerraba la puerta de cristal tras él.

—Soy la nueva secretaria del gerente —dijo ella observando con detalle cómo se ajustaba la corbata azul con topos blancos sin dejar de mirarla un instante, permitiéndole ver lo bien que le sentaba ese traje azul oscuro de firma italiana que combinaba a la perfección con una camisa blanquísima—. ¡No sabía que trabajarías aquí! Asher me comentó que necesitaban una secretaria en esta oficina e hice la entrevista el viernes pasado, aunque si hubiera sabido que el jefe quiere conseguir el récord de despidos de secretarías, la verdad es que lo habría pensado dos veces. ¡Menuda semanita más completa! —exclamó mientras negaba con la cabeza—. Parece ser que es un hueso duro de roer... Dime, ¡sin rodeos!, ¿cómo es nuestro jefe? —soltó sintiendo cómo los nervios la hacían hablar más de la cuenta, sin reparar en el gesto serio de Drew, que la observaba impassible.

—¿Ya te han puesto en antecedentes sobre mí? Vaya, eso es empezar con buen pie... —Oír eso provocó que Silvia no pudiera ni siquiera emitir un sonido y que toda la sangre se agolpara

en su rostro, sonrojándose como un tomate, porque acababa de meter la pata hasta lo más profundo delante de su nuevo jefe. Aunque, a lo mejor, había oído mal y se refería a otra cosa y él no era el jefe...

—¿Eres el gerente? —Titubeó.

—Exacto —asintió Drew volviendo a erguir la espalda mientras se introducía la mano en el bolsillo del pantalón.

Silvia sabía que, desde fuera, toda mujer babearía con esa pose y con ese saber estar, aunque su reciente desencanto amoroso había hecho que ella fuera inmune a esas cosas. Su corazón estaba resquebrajado y sus ojos todavía miraban a Scott, ¿a su nuevo compañero de trabajo?; esperaba que no...

—Y ya que sabemos que tú eres mi secretaria y yo tu jefe, tráeme un café. ¡Tenemos mucho que hacer! —añadió él con una seguridad tan aplastante como envidiable para después dar media vuelta y abrir la puerta.

—¿Cómo *le* gusta el café? —masculló hablándole de usted. Era su jefe, aunque lo conociera de antes gracias a Asher...

«¡¡Asher!! Como lo coja, ¡me lo cargo!», pensó Silvia, dándose cuenta de que su amigo había omitido partes importantes de esa oferta de trabajo, como, por ejemplo, que sería la secretaria de su mejor amigo del instituto...

—Expreso, con un terrón de azúcar moreno —contestó con firmeza—, y me gusta tomármelo caliente, Silvia —añadió de una manera que podría ser considerada ilegal y que la dejó un poco aturdida, aunque se repuso rápidamente para verlo salir de allí y dirigirse a su propio despacho.

Parpadeó unos segundos intentando asimilar esa nueva situación, una bastante extraña de gestionar, pues le tocaría tratar con Drew —con ese hombre que tenía una enorme y luminosa señal de peligro encima de su cabeza—, de una manera

muy estrecha, demasiado para su gusto... Aunque eso debería darle igual, ¿no? ¿Qué más daba que él fuera su nuevo jefe? Aunque, ahora que lo pensaba bien, era muy joven para ocupar dicho puesto; por regla general, los altos ejecutivos rondaban los cincuenta, y Drew tendría la edad de Asher, aproximadamente, unos treinta y dos años... ¿Qué habría hecho para llegar a ser el gerente de la sede central de Nippy? Con esa pregunta sobrevolándole la mente, sacó el teléfono móvil y le escribió un escueto mensaje al que había provocado esa situación en su vida:

Gracias por no avisarme de que mi jefe  
sería tu querido amigo. Que, si eso,  
no sé..., podrías haberlo dejado caer  
anoche, cuando viniste a robarme  
porciones de pizza, ¿no?

Asher no tardó en contestarle, lo que la hizo sonreír. ¡Parecía que hubiera estado esperando a que ella se quejara!

En mi defensa diré que ese puesto lo has  
conseguido solita. Drew sólo me comentó  
que se había quedado sin secretaria y yo  
te informé de que había una vacante...  
¡Nada más! Por tanto, deja de quejarte  
y... ¡a currar!

Silvia negó divertida con la cabeza y se levantó de la silla para dirigirse hacia la sala de personal, la cual encontró gracias a Tess, que le comentó que ésta se hallaba a la derecha de los ascensores. Preparó el café en la ultramoderna cafetera de cáp-

sulas, eligiendo el tipo que Drew le había comentado, para después dirigirse al despacho de su nuevo jefe sin ni siquiera hablar con nadie por el camino; Tess la había mirado con ternura, pero Silvia supuso que los empleados estarían haciendo apuestas para saber cuánto tiempo duraría en ese puesto y, aunque ese primer día estaba descubriendo las suficientes cosas como para coger su bolso y marcharse, era una mujer tozuda que no se dejaba intimidar por las circunstancias.

Entró en el despacho después de que él le diera paso, cerró tras de sí y avanzó con cuidado de que no se le derramara ni una gota hasta alcanzar su gran mesa de cristal.

—Aquí tiene —anunció mientras dejaba el vasito con delicadeza—. ¿Desea algo más?

Drew deslizó la mirada del ordenador primero a Silvia y después al café, se cruzó de piernas con parsimonia mientras cogía el vasito desechable y le dio un pequeño sorbo, como si estuviera haciendo una cata del mejor vino del mundo, lentamente, saboreándolo, sin ni siquiera emitir un sonido, demostrándole el gran poder y el control que poseía de todo. Silvia no sabía si estaba intentando provocarla con su silencio y con esa manera de beber café, pero le estaban entrando ganas de comenzar a gritar en el immaculado despacho para que él hiciera algo más que mirarla. ¿Acaso tenía un pegote de pasta de dientes en los labios y por eso no dejaba de observarla de ese modo? ¿O era su manera de demostrarle que allí mandaba él? «¡Pero ya está bien, que me vas a desgastar, deja de mirarme y háblame!», pensó intentando mostrarse tranquila ante él, algo que le estaba costando un mundo.

—Odio los pantalones vaqueros —comentó él de sopetón, observando con desdén su elección de ropa: vaqueros ceñidos, blusa vaporosa azul y bailarinas negras.

Silvia sabía que iba aceptable (en la entrevista que había realizado con Recursos Humanos le solventaron la duda de la vestimenta) y, sobre todo, cómoda, aunque al nuevo jefe... le habían bastado unos minutos para criticarle su manera de vestir. «Empezamos bien...», pensó.

—Pues está de suerte, porque la que los lleva soy yo y no *usted* —replicó con una sonrisa que provocó que Drew dejara el vasito sobre la mesa y la mirara con seriedad. Tampoco había dicho nada tan malo como para que la mirase de esa manera, ¿no?

—A partir de mañana quiero mi café recién hecho sobre la mesa a las ocho en punto, ni un minuto antes ni un minuto después, aborrezco la impuntualidad y la gente que no trabaja. El café me lo servirás en una taza de porcelana y no en esta birria. Además, quiero que tengas preparada mi agenda y que, mientras me esté tomando el café, me recuerdes todo lo que tengo que hacer. No me pasarás ni una llamada o visita sin que yo te lo haya autorizado previamente. Me importa una mierda que venga la reina de Inglaterra si no tengo una cita con ella, ¿ha quedado claro? Quiero ver que te desvives por este trabajo, que vas un paso por delante de mí y que haces todo lo que te pida sin rechistar.

—Sí, señor Evans, quiere una esclava, digo..., quiere que sea su sombra —soltó con una sonrisa, rectificando a toda velocidad. «Ay, Silvia, piensa antes de hablar, que, aunque sea joven y esté de muy buen ver, es tu jefe y te puede poner de patitas en la calle a la de ya», se recriminó internamente.

—Me gusta la gente competente, Silvia, espero no tener que buscarme a otra ayudante, y puedo asegurarte que, aunque seas la amiga de Asher, no vas a recibir ningún trato especial. Necesito a mi lado a una persona que me siga el ritmo y que no me

entorpezca, ¿ha quedado claro? —añadió con dureza, y Silvia tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no echarse a reír. Pero ¿qué le pasaba a ese hombre? ¿Quería salir en el *Libro Guinness de los récords* como el jefe que más despidos había efectuado en un corto período de tiempo? Con lo simpático que le había resultado en la fiesta, ahora le parecía que estaba ante la versión cascarrabias de éste.

—¡¡Translúcido!!

—Convoca una reunión urgente dentro de media hora en la sala de juntas. Quiero hablar con todos los empleados.

—Ahora mismo lo organizo.

—Además, quiero que me envíes las cuentas de los cinco últimos años —añadió mientras se inclinaba para subrayar algo en un papel, permitiéndole ver sus fuertes manos y su clara caligrafía.

Silvia puso los ojos en blanco al darse cuenta de que ese hombre era demasiado perfecto para ser real: guapo, seguro de sí mismo, alto, cuerpazo de escándalo, ojazos hechizantes y, además, escribía bien.

—¿De los últimos cinco años? —preguntó extrañada enfrentándose a su dura mirada.

—¿Tienes algún problema de audición? —replicó él imperturbable, mirándola como si de verdad creyese que estaba sorda.

—No, señor Evans, ahora se lo envío...

Salió del despacho y se sentó delante de su mesa para después cerrar los ojos y tranquilizarse. No obstante, sin poder evitarlo, comenzó a reírse a carcajadas. «¡Esto sólo me puede pasar a mí!», pensó intentando ponerse seria, algo que le costó demasiado, pues aquello, se mirara por el lado que se mirase, era una sinrazón. Empezó a redactar el email que iba a mandar

a todos los trabajadores de la sede y después comenzó con aquel primer y tedioso encargo de buscar informes, que, gracias al dossier y a Tess, conseguiría llevar a cabo.

«¡Maldita caja de Pandora! No has tenido suficiente con demostrarme que todos los hombres son iguales, sino que encima te has asegurado de que el rey supremo de todos ellos, el increíble hombre de los ojos negros, al que le quedan los trajes de infarto, sea mi jefe, y, por si eso no fuera poco, encima tengo que volver a ver a mi ex en la oficina... Por favor, que no trabaje también aquí, si no, me dará un patatús de dimensiones épicas...», pensó Silvia.